

El pensamiento en el Quinientos

María Teresa Glez. Cortés

Arbor CLXVII, 657 (Septiembre 2000), 111-142 pp.

Introducción

Mientras se festeja el quinto centenario del nacimiento de Carlos I de España y V de Alemania (Gante: 1500-Yuste: 1558), no podemos en este ambiente carolino dejar pasar por alto cómo el descubrimiento de América incidió en el origen de las primeras instituciones ilustradas modernas (academias, museos, sociedades científicas...). Y aunque hubo errores de interpretación, —Colón sostuvo que la distancia entre Las Indias y Europa era de 4.300 km.—, lo cierto es que la ciencia fue eficaz a la hora de facilitar el dominio político. El predominio de la cultura europea sobre la amerindia nació, como veremos, del desarrollo de la geografía y de la ingeniería.

Algo se mueve

El tres de agosto del año del Señor de mil cuatrocientos noventa y dos surcaban las aguas del mar de Atlante tres embarcaciones con la intención, por primera vez en la Historia, de recalar a las Indias por el Oeste.

La aventura de cruzar el anchuroso Atlántico resultaba bastante novedosa, y también un signo de audacia, tal era el halo de peligros que rezumaba de sus aguas, tal el letargo paralizante que ese Océano producía. Así que cuando dos carabelas, *La Pinta* y *La Niña*, y una nao, *La Santa María*, integraron una expedición transatlántica, los sentimientos que despertaron no fueron, en absoluto, de tranquilidad. Al alejarse de la costa, las gentes pudieron contemplar qué pequeñas y desvalidas eran las naves, cuán insignificantes en contraste con ese mar infinito. Y es que, antes de que nadie cruzara el Atlántico, las rutas marineras solo incluían, circunvalando África, Las Canarias que, lejos de Finisterre, eran las islas más remotas del mundo habitado.

Cierto es que, antaño, los cartagineses habían arribado hasta al archipiélago de las Casitérides, al SO de Britania, con la intención de exportar estaño. Y, entre habladurías y cuentos, también se decía de los inmemoriales vikingos que habían recalado hasta en la enigmática Thule (¿Islandia?). Pero al margen de estas proezas marineras, ninguna tripulación en su sano juicio había osado traspasar la línea del poniente dejando atrás, a miles de millas, *Las Columnas de Hércules* (estrecho de Gibraltar).

Excepcional fue la gesta de occidentalizar la ruta de las Indias. Y fabulosa, la empresa de acceder a ellas por otro camino. Sin duda, aunque, hay que decirlo, el afán de alcanzar por el Oeste la península del Ganges estaba dentro de lo previsible, pues lo que *movió* a Cristóbal Colón a defender contra viento y marea su original carta de navegación en las distintas cortes europeas fue la viabilidad del propio *movimiento* que, luego, el mito quiso adscribir falsamente a Galileo con su «*Eppur si muove*».

Que el carácter dinámico y activo del final del Medioevo constituyó la semilla que hizo posible el sueño del Almirante Colón es evidente a tenor de los datos históricos que poseemos. Fijémonos, por poner una fecha concreta, en que desde el siglo XII eran habituales los grandes desplazamientos. El toledano matemático Abraham ibn Ezra se embarcó alrededor del 1139 en un viaje que le conduciría a Oriente, hasta la India y, de vuelta, viajaría por Italia, Francia, Inglaterra. Cuando nace Marco Polo (1254-1324), su padre y su tío se dirigían a la lejana Crimea, lugar en donde su hermano mayor tenía una empresa. Y ya adulto, en 1271, Marco Polo acompañaría a sus familiares en un enorme periplo: Armenia, Golfo Pérsico... y China en la que, acogidos por el Qubilai kan, pasarían dieciséis años. Por otra parte, en 1307 el franciscano Juan de Montecorvino era elegido arzobispo de Pekín. Además de estas travesías al continente asiático, en 1314 viajaría el franciscano Odorico de Pordedone a Asia Oriental mientras, unos años después, el musulmán Ibn Battuta realizaba un trayecto, desde 1325 a 1349, del África Occidental hasta China. Y si Marco Polo, Juan de Montecorvino, Odorico de Pordedone, Ibn Battuta... habían recorrido miles de kilómetros por tierra y/o por mar, el chino Cheng Hoo en 1404 saldría del Océano Pacífico llegando en 1433 a su destino, el mar Rojo.

Por otra parte, ni debemos enterrar los miles de kilómetros que, en nombre de la Santa Cruz, recorrieron los cruzados con el afán de conquistar/proteger la ciudad santa de Jerusalén ni tampoco hemos de olvidar cuán frecuentes eran en Europa los asentamientos dentro del ámbito de una Naturaleza que, aún salvaje, veía sin embargo mermar el perímetro de sus bosques a lo largo de toda la Baja Edad Media¹.

Sopesando todos estos datos parece importante anotar *que* la utopía viajera de Cristóbal Colón (que arrancaba del humanista Paolo del Pozzo

Toscanelli) tuvo su preludeo en el mundo itinerante del final de la Edad Media que, por cierto, desde el siglo XII venía utilizando la brújula china. *Que* los cuatro viajes transoceánicos de Colón a América, el descubrimiento del Océano Pacífico en 1513 por Núñez de Balboa, o la heroicidad posterior del navegante español Juan Sebastián Elcano de dar la vuelta al mundo en 1522... no pueden desentenderse de una sociedad, la tardomedieval, ávida tanto al movimiento como al frenesí de los desplazamientos geográficos. Alguien, llamárase o no Cristóbal Colón, habría descubierto, tarde o temprano, América, pues la búsqueda de rutas alternativas, como la de Colón, estaba presente (y gestada) en el seno de su época.

Es más, tan viajera fue la sociedad medieval que se suele olvidar que la palabra *circulación* se utilizaba, y con éxito, dentro del campo de la medicina hacía siete siglos. Fue el damascino Ibn-al-Nafiz, muerto en El Cairo en 1288, quien lanzó la hipótesis de que la sangre *circula* por el cuerpo humano. Esta genial idea encontraría un rápido y feliz acomodo en el mundo occidental tras los viajes colombinos que respaldaba la corona española. Por eso, la idea de la *circulación* reaparece en el aragonés Miguel Servet (1511-1553), quien descubriría la *circulación* pulmonar de la sangre. Y, a partir de Servet, el italiano G. Cesare Aranzio (1530-1589) observaría la llegada al corazón de la sangre tras *circular* por los pulmones. Entretanto y conforme los viajes marítimos al continente americano se volvían más y más rutinarios, Galileo Galilei (1564-1642) desarrollaba su teoría física de los vasos comunicantes para analizar la situación de equilibrio *circulatorio* de los líquidos. Y, con anterioridad al médico inglés William Harvey (1578-1657), Andrea Cesalpino (1519-1603) volvía a incidir en el presupuesto de (Ibn-al-Nafiz de) que la sangre *circula* por el cuerpo humano, mientras Giovanni A. Borelli (1608-1679) enunciaba las leyes de la ascensión de los líquidos en los tubos capilares, y un discípulo de W. Harvey, Thomas Willis (1621-1675), estudiaba la *circulación* de las arterias *comunicantes* con el cerebro.

Vistas así las cosas, parece con toda evidencia que estas ideas médicas sobre *circulación* no fueran sino una imagen de lo que se producía en los caminos líquidos del mar cuando mercaderes y marineros, siguiendo las rutas de las estrellas, viajaban y **circulaban** por el territorio del agua con el fin de arribar a nuevos puertos, comprar objetos, especias... y, luego, regresar al punto de partida, igual que la sangre se mueve por los caminos de cuerpo para volver al corazón iniciando otro itinerante viaje.

Igual que al flujo sanguíneo, en opinión de los científicos, le caracterizaba el movimiento, de otra forma pero igualmente movible se comportaba el monarca español Carlos V al realizar a lo largo de su vida y du-

rante su reinado un sinfín de viajes interminables: Londres, Medina del Campo, Nápoles, Sevilla, Gante, Augsburgo, La Coruña, Aquisgrán, Bolonia..., etc. Y, a la vez que se desplazaba este soberano por mar y/o por tierra, de manera simultánea se consolidaba el imperio oceánico español a través del viaje de Magallanes y Elcano, por medio de las conquistas de México, de Guatemala y el Yucatán, de Perú y Chile, con la colonización del Río de la Plata, del Amazonas..., etc.

Puesto que los cambios de traslación estaban presentes en la etapa final del Medioevo, no es casual que la *fiebre cinética* arraigara con fuerza en la Edad Moderna. De esta guisa, mientras desde el siglo XVI crecía sin parar el número de aventureros que se desplazaban por el mundo conquistando nuevos territorios, en paralelo, es decir, en el lenguaje anatómico el movimiento de la sangre adquiría el *status científico de certeza geográfica* mientras, a la vez, los hallazgos científicos eran sentidos, por primera vez en la Historia, como *descubrimientos*. Y si la geografía afectaba al lenguaje de la ciencia, en el mundo de la literatura los movimientos que se multiplicaban sin cesar por la faz de la tierra hacían poner de moda las bibliografías que menudeaban sobre periplos, viajes y peregrinaciones.

En estos contornos fueron recobradas del pasado *Las hazañas de Alejandro Magno* de Pseudo-Calístenes, en donde el relato giraba en torno a las gestas del hijo de Filipo de Macedonia conquistando exóticos parajes y moviéndose por lejanas geografías. De otra parte, los documentos marcopolistas volvían a cosechar esplendor a raíz del descubrimiento del Nuevo Mundo a la par que Pedro Mártir, transmisor de dichos y noticias colombinos, colocaba los cimientos europeos de la literatura de viajes gracias a la información que disponía de los continuos desplazamientos españoles transoceánicos.

En un ambiente tan movedizo, ¿cómo va a extrañar que surgiera *La Nueva Atlántida* (1624), obra en la que su autor, el filósofo y científico Francis Bacon, relataba cómo un grupo de viajeros viajó hasta un país desconocido tras navegar de Perú a Japón? ¿O cómo va a sorprender que el célebre Jean-Baptiste Tavernier redactara un libro sobre sus *Seis viajes por Turquía, Persia y las Indias* (1676) y, algunas décadas después, Jonathan Swift volcara su imaginación literaria en los fantásticos *Viajes de Gulliver* (1726) mientras el pensador y científico Alexander von Humboldt escribía en 30 volúmenes su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* (1805-1832)?

Por el hecho de que el mundo tardomedieval sentó las bases del movimiento, la sociedad de la Edad Moderna pudo desplazarse y viajar sin cortapisas. Y es que el conocimiento de *América* había rescatado del olvi-

do la percepción heraclítea de que «todo se mueve», hasta el límite de que, con el trasiego de idas y venidas *marineras* al continente americano, maduraba la imagen del planeta Tierra navegando por el anchuroso Universo. Por este motivo, al cobijo de los desplazamientos transoceánicos iba renaciendo la tesis del movimiento físico de la Tierra. Y volvía a cobrar sentido, después de muchos siglos de arrinconamiento, el heliocentrismo. En este contexto marino no es casual, entonces, que la teoría astronómica sobre el movimiento de la Tierra alrededor del Sol regresara al mundo científico, y reapareciera cincuenta y un año *después del descubrimiento* de América². Y la Universidad de Salamanca, única en Europa, incluye la obra de Copérnico en sus Estatutos de 1516.

Por supuesto, lejos de extinguirse el espíritu medieval de Cristóbal Colón, el afán por viajar no cesa, y menos aún disminuye. De hecho, ahí están las expediciones al suelo lunar, algunas bautizadas con el nombre de *Columbia*, también la búsqueda de Marte como futuro asentamiento humano extraterrestre y, en fin, ahí está la navegación por las etéreas aguas informáticas de Internet.

Una incógnita

¿Por qué se tardó tanto tiempo en descubrir América? ¿Por qué no se avizó ese continente en 1430, o en 1470? ¿Por qué la sociedad tardo-medieval que dio muestras sobradas de viajes y desplazamientos no surcó mucho antes las aguas de Atlante?

Para hallar respuesta a esta incógnita, hay posiblemente que recordar el efecto paralizante que producen las costumbres. Muchas veces, éstas anulan la aparición de soluciones alternativas. Lo que significa que la eficacia y el uso de las rutas que dirigían, desde hacía siglos, a los mercaderes a Oriente desde Occidente y, desandando el camino, les conducían de nuevo a sus hogares impedían otras vías territoriales de acceso como la que propuso Colón: la comodidad de seguir trayectos cartográficos conocidos frenó, entonces, el camino a otras direcciones. Pero, no nos olvidemos, hubo otro factor que incidió, y seriamente, en el retraso del conocimiento del continente amerindio. Nos referimos al terror, al miedo, al pánico... que rodeaba al océano Atlántico, de cuyo seno brotaba una brisa de punzante desasosiego que bien pudo coadyuvar a que los científicos de los reinos portugués e inglés negaran, igual que los marineros, tanto la validez como la viabilidad de la empresa colombina.

Tan patentes eran los peligros que ocasionaba el Atlántico que la calamidad estaba presente en sus fueros. **Finisterre** simbolizaba el abra-

zo fronterizo de la tierra con el agua, es decir, Finisterre representaba la *terminación*, el último punto sólido y firme de la Tierra antes de ser devorada por las aguas atlánticas. Por otro lado, el nombre del mar Atlántico provenía de «Atlante», y Atlante evocaba el *fin* a través del vacío, ya que **Atlante** era el gigante que en un lugar ¡desconocido! del Occidente sostenía sobre sus hombros el peso de la bóveda celeste. Por supuesto, esta idea mítico-cartográfica se veía fortalecida por la visión finita del Universo geocéntrico que, primero con Aristóteles y luego con Ptolomeo, la comunidad científica había aceptado unánimemente y durante siglos³.

Otras variantes náuticas no mejoraban, en absoluto, la atmósfera oceánica del Atlántico, pues incidían en que una embarcación excediendo el fin de la tierra llegaría a caer perpendicularmente al vacío en catarata junto al caudal de las aguas, cuando no, que un enorme remolino, al ser el epicentro de todas las aguas de la Tierra, absorbería a la nave conduciéndola fatalmente hasta la garganta (¿antropófaga?) de ese enorme torbellino.

Por supuesto, Cristóbal Colón no aceptó nunca ni la negativa de los científicos portugueses e ingleses, ni los presupuestos mítico-cartográficos, muy arraigados en su época. El genovés observaba que las naves, conforme se alejaban de la tierra, iban sumergiéndose de manera gradual su maderamen, lo que significaba que la tierra era empíricamente redonda, nunca plana. Y aunque no aprobó las concepciones fantásticas que giraban sobre el Atlántico, Cristóbal Colón sí conoció el pánico que generaba lo desconocido y, por ello, tuvo conciencia de las leyendas e historias tejidas en torno a animales monstruosos de cuya existencia, entre la marinería, nadie dudaba. Los marineros hablaban, sintiendo pavor, de las bestias marinas, en especial, de las serpientes de mar⁴.

Resaltar el componente misterioso de las aguas saladas no es algo caprichoso cuando poco o nada científicamente se conocía del Atlántico. Incidir en el hecho de que para los marineros resultaba un límite conceptualmente infranqueable transitar las aguas allende el archipiélago canario, tampoco es un asunto baladí. Y si encima se agrega, a la creencia en bestias marinas, que desde antiguo en los libros de viajes marinos como la *Odisea*, *El viaje de los Argonautas*, *El viaje de San Brandán...* aparecía relatada la cólera del mar y, con ella, retratado el estado de ánimo de la tripulación que sufría lo indecible zarandeada por el vaivén de las tempestades, por lógica las sorpresas que ocasionaba el piélago eran motivo de verdadera angustia, amén de que la muerte podía permanecer, agazapada, en una expedición de alto riesgo como así ocurrió durante el primer viaje de circunnavegación. Viaje en el que, de los cinco navíos que salieron el 11 de agosto de 1519, solo la nao de Elcano, con 18 marineros, regresaría el 6 de septiembre de 1522 a Sanlúcar de Barrameda.

Finalmente, conviene recordar que la tripulación española apenas sabía de las destrezas marineras de Cristóbal Colón, asunto este de suma importancia máxime cuando, es obvio, mantenerse con vida o morir dependía de las decisiones (juiciosas, o equivocadas) de los mandos de la nave. Y como a veces incurrían en una mala medida, sus decisiones resultaban calamitosas para naves y tripulantes; desastre éste que derivaba, en opinión del experimentado Vespucí, de «*que así paga Dios la soberbia del capitán...*»⁵.

Teniendo en cuenta estas referencias históricas, el éxito de la obra viajera de Colón adquiere una lectura distinta, una dimensión nueva, la de la audacia. Dicho de otro modo. En la medida en que Cristóbal Colón se enfrenta a los miedos míticos del Océano Atlántico y se opone a las ideas científicas de la época, el Almirante hizo gala de un gran valor y, a la vez, de un alocado empecinamiento. Con ambas cualidades, es decir, con empecinamiento y valor realizaría su primer viaje o, lo que es igual, con vehemencia y coraje llegaría el 12 de octubre de 1492 a la costa occidental de Guanahaní y el 27 de octubre arribaría a la playa de *Cobba*, nombre indígena de la isla de Cuba.

Las dificultades del proyecto

Pese a que la autoría del proyecto náutico recaía en el humanista italiano Paolo del Pozzo Toscanelli, no obstante el protagonismo de esta empresa fue de Cristóbal Colón, auténtico hacedor de esta aventura de viajes. Por otra parte, sabemos que con anterioridad a la influencia lombina en la actuación de la Corona de Castilla, la estrategia marítimo-económica de Colón fue ofrecida tanto a Portugal como a Inglaterra, siendo rechazada por los mandatarios de estos reinos⁶.

A pesar del «no» como respuesta, Colón no se arredra y decide dirigir sus pasos a una nueva corte, y esperar allí el cambio de su suerte. El desenlace de los acontecimientos es de sobra conocido. Cristóbal Colón encontró, al fin, a alguien que amadrinara su proyecto, y confiara en él. La alianza entre El Almirante Cristóbal Colón y la soberana Isabel La Católica dio sus consabidos frutos.

El arrojo de la reina castellana a la hora de respaldar la viabilidad de la estrategia náutica en contra incluso de los deseos de su consorte, el rey don Fernando, queda perfectamente de relieve en el momento en que Isabel no solo se opone a las conclusiones geográficas de portugueses e ingleses sino, incluso, al veredicto de los cosmógrafos de la Junta de Salamanca que, como sabemos, también evaluaron negativamente los propósitos

colombinos. Isabel, sola y enfrentada a la opinión generalizada de los científicos de su época, decidía apoyar la carta de navegación de Colón.

De alguna manera, la actitud de la reina de Castilla, a la sazón discípula de la culta humanista Beatriz Galindo, refrendaba los postulados de la ciencia griega antigua que, a su vez, eran los postulados de la astronomía de Eratóstenes o Ptolomeo, los cuales fueron a la larga «*quienes hicieron posible, mediante la concepción esférica de la Tierra y su medición, el proyecto hispánico-europeo de una ruta hacia poniente que había de conducir al “descubrimiento de América”*»⁷.

Naturalmente, la reina castellana no estaba trastornada ni mostraba signo de desequilibrio cuando, en contra de las ideas imperantes en la ciencia de su época, se empeñaba en respaldar un proyecto que, en apariencia, tenía todas las trazas de ser *desatinado* y *suicida*. Pero nunca estuvo más cuerda la monarca de Castilla, y por dos razones. En primer lugar, pese a la leyenda que se tejió, equipar tres embarcaciones nunca constituyó para Isabel un problema económico. Si la empresa acababa bien, los beneficios comerciales compensarían con creces los gastos iniciales, y Castilla adquiriría por fin dimensión marina. Y si las naves no regresaban, solo habían sido eso, dos carabelas y una nao.

Que poco, muy poco se gastó la reina Isabel en hacer realidad una utopía marinera se observa en el momento en que solo avitualla tres bajeles cuando, recordemos, doña Juana I, su hija, partió de España hacia Flandes unos años después, en 1504, con una escuadra constituida por ciento veinte barcos y quince mil hombres⁸.

Y, el segundo motivo que puede explicar por qué Isabel apoyó a Cristóbal Colón arranca de la imperiosa necesidad de salir del cerco al que ella y su feudo se veían sometidos por los reinos colindantes. De facto, existían unas imposiciones náutico-comerciales que procedían del ámbito de Aragón y, también, de Portugal. Su marido, p. e., no solo llegaba a detentar el título de «príncipe de Sicilia» sino que la Corona aragonesa incluía la franja mediterránea catalana, valenciana, mallorquina... La Escuela Cartográfica de Mallorca, una de las más prestigiosas de toda Europa, si no la más importante, pertenecía a la Corona de Aragón y en ella, igual que en su momento ocurrió en Toledo, se aunaban los conocimientos científicos de judíos, árabes y cristianos sobre geografía y navegación.

En suma, don Fernando sí tenía salidas al mar, y esta limitación geopolítica debió influir en la monarca castellana para que, bajo su auspicio, se avituallaran tres embarcaciones que, persiguiendo una ruta alternativa, quizá más rápida, permitiera controlar el oro de las mercaderías de Oriente. Lo que desconocía la reina de Castilla era cómo las tres embarcaciones iban a cambiar el rumbo de la Historia, y de qué manera.

Los viajes transoceánicos

En el momento en que La Niña, La Pinta y La Santa María regresaban *contra todo pronóstico científico* al puerto andaluz, la alegría y la sorpresa convirtieron la audacia marinera en una gesta hasta el límite de que una fama inmortal acompañaría, con tintes de épica, a esos míticos navíos. La hazaña aventurera que Colón iniciara al final del Cuatrocientos iba a repetirse de forma sucesiva por otros navegantes. Y en el Quinientos se multiplicarían los viajes casi hasta el infinito. Los españoles Ojeda, Bastidas, Nicuesa, Vespucci... se moverán por el mar del Caribe, también por Sudamérica. El mundo que empezaba a volverse pequeño era recorrido, con sed inagotable, en distintas e impensables direcciones. Imitada la intrepidez marinera de Colón, se descubrirá el Océano Pacífico a través del istmo panameño (Núñez de Balboa), se enlazará el Atlántico con el Pacífico (Magallanes), e incluso se llegará a emprender un temerario viaje, el de la circunnavegación de la tierra (Juan Sebastián Elcano).

Al abrigo del movimiento, en cuyos ejes hemos situado la empresa de Cristóbal Colón, las cartas celestes, los mapas de navegación, los planos cartográficos..., en suma **la geografía** (planetaria y terrestre) adquirió una precisión *topográfica* casi matemática. Por supuesto, ello fue posible gracias a los avances científicos que, al mejorar la localización espacial de los lugares, coadyuvaban en la gesta de dominar la Naturaleza. Y, así, la rosa de los vientos va cediendo lugar a meridianos y paralelos, que serán el antecedente de los ejes (x, y) cartesianos, en los documentos de navegación.

Como si de una palanca se tratase, a la acción siempre le sucedía una reacción. Y, en medio de la *vorágine febril de la técnica*, la ciencia moderna se desarrollaba y desarrollaba, sin parar. Tanto fue así que el apoyo ingeniero limaría muchos obstáculos relacionados con los problemas de la navegación, de modo que los barcos estaban, crucero a crucero, capacitados para llevar a cabo (y con éxito) viajes a larga distancia por medio de la mejora de las velas, sus medios eólicos de propulsión. Y, mientras las bodegas adquirían mayor volumen, eran más profundas, la constitución de la armadura, fuerte y recia, que comienza a combinar el hierro con la madera, quedaba arquitectónicamente equilibrada con la confección de eficaces velámenes, juanetes, palos, gavias... Las naves, por la vía del conocimiento práctico, salían de las factorías navieras bien apertrechadas, tanto para soportar los lances de las tormentas como para marchar y retornar al punto de origen. Así fue posible que 200.000 españoles pudieran emigrar a América sólo durante el s. XVI, como efectivamente ocurrió. El primer texto sobre ingeniería naval se imprimía en

México. Nos referimos a *La Instrucción náutica* (1587) de Diego García de Palacio.

Entre tanto trajín las embarcaciones semejaban al dios Mercurio, pues se erigían, cual correveidiles, en auténticos vehículos de transmisión del saber proporcionando, en medio de un flujo interminable de idas y venidas, *amplia información científica* sobre antropología, lingüística, arte, minerales, zoología, botánica... de los pueblos no europeos. Teniendo en cuenta el flujo y reflujo de viajes transoceánicos, nacería la muchas veces editada y traducida a otros idiomas *Primera y Segunda y Tercera partes de la Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven de Medicina* (1574) del médico sevillano Nicolás Monardes que dedicó su vida a estudiar y reunir las plantas que venían del continente americano aunque, no ha de olvidarse, lo que hizo Monardes se repetiría en todas las disciplinas del saber y a lo largo del s. XVI, centuria en la que aparecen las primeras academias y sociedades científicas a la vez que se inicia el gusto científico por el coleccionismo a través de la creación de espacios museísticos, y catálogos de plantas como el Herbolario de Badiano (1552).

Un error científico

Por supuesto, el primero en traer nuevas del otro lado de los mares fue Colón quien *«descubrió que aquella tierra produce naturalmente oro, algodón, aromas oblongos de forma de cinamomo y redondos como la pimienta, árboles coccíneos, ámbar de color verde y abundancia de otros muchos productos que entre nosotros son preciosos. De cada cosa trajo pequeña cantidad»*⁹.

En tanto en cuanto viajar hace cinco siglos a golpe de viento y juanetes no era asunto trivial y, tampoco, materia intrascendente, Cristóbal Colón exhibiría mucho atrevimiento en sus otros tres viajes transoceánicos. No es casual, entonces, que el comentarista de la época, Pedro Mártir de Anglería, relatara en tono épico el primer viaje de El Almirante Colón a las Indias Occidentales en 1492:

«Ha regresado sano y salvo... Caminando desde Cádiz hacia Occidente, a los cinco mil pasos dio con un archipiélago de muchas islas...» (epist. 133). *«Desde la Española ha recorrido tanta tierra... que casi llegó al Quersoneo Aureo, último término del mundo conocido por el Oriente»* (epist. 142). *«El Almirante, por tanto, se gloria de haber dado al género humano esta tierra, pues estando la ha descubierto con su industria y trabajo. Sostiene que esta región es el continente de la India del Ganges»* (epist. 164)¹⁰.

Aunque es cierto que Cristóbal Colón realizó, en el período de 1492 a 1502, su increíble saga de cuatro viajes transoceánicos que se convierten en ocho cuando en ellos se incluye el trayecto de salida y de regreso, tampoco es menos cierto que nunca dudó, ni siquiera en el instante de morir, que esas tierras por él halladas eran parte de Asia, ¿quizá por el hecho de que tardó años en pisar el continente americano? Sea lo que fuere, lo cierto es que un error cartográfico había impulsado, desde el principio, a Cristóbal Colón a defender en las distintas cortes europeas su proyecto mariner y, por lo mismo, ese mismo error cartográfico lo acompañaría, indeleble, hasta su lecho de muerte. Así lo leemos al inicio de su *Testamento* redactado en Valladolid el 19 de mayo de 1506: «*el señor don Cristóbal Colón, Almirante y Visorey e Governador General de las islas e tierra firme de las Indias descubiertas e por descubrir*»¹¹.

Tampoco el piloto Juan de la Cosa, que acompañó a Cristóbal Colón en la embarcación llamada *La Gallega*, más tarde bautizada con el nombre de *La Santa María*, llegaría a atisbar la presencia de un continente nuevo, y eso que Juan de la Cosa dispuso de medios para comprobar que América no era la India. Decimos que dispuso de medios, pues realizaría en 1500 a su regreso de su *tercer viaje* desde el Nuevo Mundo el *primer mapamundi* de las Indias occidentales en el que dio muestras de una exactitud digna de encomio al dibujar el trazado cartográfico desde las Antillas hasta Panamá.

Y si Colón y de la Cosa se mantuvieron en el error, el honor de la fama recaería en el naturalizado español Amerigo Vespucci al saber destapar el equívoco geográfico de las Indias Occidentales. Vespucci observó, con sensatez, que las tierras descubiertas no se correspondían a las descripciones del continente asiático sobre la India gálgica ni coincidían tampoco con los parámetros cartográficos de la geografía de Claudio Ptolomeo (c. 90-168). En estos términos se expresaba Vespucci alrededor de 1503:

«*Días pasados... te escribí sobre mi vuelta de aquellos nuevos países... los cuales Nuevo Mundo nos es lícito llamar... En aquellas tierras he descubierto el continente habitado por más multitud de pueblos y animales (que) nuestra Europa, o Asia o bien África*» (*Mundus Novus*)¹².

Vespucci estuvo concluyentemente convencido de la existencia de otro continente. De esta idea científica se apropiaría rápidamente, en 1507, el alemán Martin Waldseemüller cuando se refirió en su *Cosmographiae Introductio* a una *cuarta pars* del mundo y le puso a esa cuarta pars el nombre de **América** en honor de **Amerigo**. En este contexto, Bartolomé de Las Casas, en su inacabada *Historia de las Indias*, lanzaría duras diatribas a Vespucci por haberse adjudicado el evento del descubrimien-

to. Para Las Casas el Nuevo Mundo debía haber sido bautizado con el nombre *Columba* en honor a Cristóbal Colón o, como él mismo ideara, *Tierra Santa*, o *Tierra de Gracia*.

Aunque Waldssee Müller cometió la desventura de atribuir el descubrimiento de América a Amerigo en lugar de adscribirlo a Colón —error que Waldssee Müller intentó subsanar sin éxito cuando incluyó a Colón en sus dibujos cartográficos—, lo cierto es que la localización espacial de América derrumbaba los límites del mundo medieval *tripartito*, es decir, el hallazgo de un cuarto continente ofrecía una comprensión mejor y más exacta del globo terráqueo. Con lo que el nombre de las Indias Occidentales, de El Nuevo Mundo o de América daba impulso al conocimiento esférico de la Tierra que haría *desaparecer la concepción del mundo plano*.

Flujo de ideas

Durante el Renacimiento el culto a la personalidad alimentó el *tono épico* de los episodios. El gusto por sobredimensionar las gestas de quienes se convertían (y eran convertidos) en *héroes* incidía en la exaltación de su individualidad, de la que por cierto no se libraría Cristóbal Colón, pues si el éter supo hilvanar entre luces y sombras la imagen a contraluz de Colón, la fábula del misterio de «*el huevo*» le perseguiría hasta sus confines. Y por lo mismo, por el hecho de que aciago fue el final que tuvo el Almirante Colón, su tragedia le hermanaría con la gloria milenaria de Homero y Tiresias, los cuales, a pesar de sus grandezas, acabaron muriendo de forma contraria al esplendor que gozaron en vida.

Mientras en Europa el encumbramiento de la personalidad (de los líderes políticos, religiosos, marineros, científicos...) consiguió reforzar el aura mítica de quien tomaba decisiones trascendentes, desde el otro lado del Atlántico y en dirección a Europa el gusto por la mitificación también constituyó una variable importante, sobre todo en las primeras etapas. De hecho, tras ser descubierta América, empezaron a circular leyendas, historias, narraciones... *americanistas* que aunaban lo real y lo imaginario. Es decir, la mitificación no solo giró en torno a determinados guerreros, navegantes, políticos, artistas y científicos *europeos*. También estuvo presente en las noticias que sobre América, de boca en boca, corrían por Europa, noticias que menudeaban en el carácter misterioso, extraño... de sus moradores.

Que el ser humano necesitó servirse de relatos, historias, mitos y cuentos con ánimo de comprender a los amerindios es evidente a tenor de

los hechos pues, ante la enormidad de las distancias, los soldados conquistadores, luego, los sacerdotes y científicos y, más tarde, los colonos aligeraban con demasiada frecuencia el magín. Y es que el descubrimiento de nuevos habitantes, nuevas costumbres, nuevos paisajes... les permitía, sobrevolando los cabos de la realidad, recrear las tierras de la fantasía. De este modo, el gesto de engrandecer la lejana América constituyó, al menos en los primeros momentos, una cualidad inequívocamente europea de la que nacería, como hizo Juan Ponce de León en 1513, el propósito de hallar allí la fuente de la eterna juventud.

Gracias a los muchos documentos que se conservan sabemos cómo se vivió y sintió la experiencia etnológica del descubrimiento de los pueblos no europeos. Acercándonos a tres testimonios de la época, veremos cómo el español incidía en las características anatómicas de una población de gigantes, cuando no, en la enorme longevidad femenina y, a veces, se dedicaba a teorizar, desde la sospecha, sobre prácticas sacrificiales de los indígenas:

«...entraron en la casa donde estábamos bebiendo y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie: en conclusión, eran de estatura gigantes, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Penthesilea, y los hombres, Anteos.» Las mujeres «viven ciento cincuenta años y pocas veces se enferman y si caen en una mala enfermedad... se sanan con ciertas raíces de hierbas» (Vespucí).

Habiendo muerto el tirano Lope de Aguirre, *«dimos en un pueblo grande de indios... Son casi Caribes, llámense los Arnaquines... tienen... casas de adoración con oratorios para sus ritos e idolatrías, y a la puerta de cada casa destas hay dos sacrificaderos, a donde nos pareció a nosotros que debían de degollar los indios que sacrificaban: en el uno estaba pintado en una tabla el Sol y figura de hombre a los hombros, en el otro estaba pintada la Luna y una figura de mujer; están todos llenos de sangre humana a nuestro parecer, y esto se sacó por conjetura que no tuvimos a quién lo preguntar por falta de lenguas» (Francisco Vázquez¹³).*

Junto a la imaginación y a la ignorancia (de conquistadores, sacerdotes y científicos) hacia los pueblos amerindios, hay que sumar que el territorio americano debió provocar un fuerte impacto emocional. Y es que, a diferencia del deteriorado ecosistema del continente, América despertaba toda suerte de sentimientos. De hecho, el colono tuvo la fortuna de presenciar una Naturaleza desbordantemente plena y exuberante cuyo símbolo era La Vida, —véase Pedro Mártir, epist. 156—, mientras a la

vez, sobrecogido ante esa frondosidad tan esplendorosa, dejaba volar sobre América sus creencias más íntimas:

«Lo que aquí vi fue... una infinitísima cosa de pájaros de diversas formas y colores... y el canto de los otros pájaros, que estaban en los árboles era cosa tan suave y de tanta melodía que nos ocurrió muchas veces quedarnos parados por su dulzura. Los árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensábamos estar en el Paraíso Terrenal» (Vespucci).

Y, mientras el descubrimiento del Nuevo Continente rescataba del pasado los sueños colectivos de Europa, —Cristóbal Colón identificaría el Orinoco con uno de los ríos del Paraíso—, se sabía que las indias y los indios habitaban en medio de un auténtico vergel, y que como los míticos Adán y Eva tampoco escondían sus cuerpos entre ropas y telas. De este modo, a la vivencia de haber reencontrado la Arcadia de la Biblia se superpuso con facilidad el mito colombino del «buen salvaje»:

«Todas esas universas e infinitas gentes "a toto género" crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas y fidelísimas a sus señores naturales e a los cristianos a quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas e quietas, sin rencillas ni bollicios, no rijosos, no querulosos, sin rancores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo... Son también gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales..., ovejas mansas, y de cualidades susodichas por su Hacedor y Criador así Dotadas» (Las Casas)¹⁴.

Como los indios iban desnudos y se alimentaban de lo que la Naturaleza les daba (Pedro Mártir, epist. 133), era fácil que aflorase la asociación véterotestamentaria entre la población amerindia y el estado moralmente puro de la nudista pareja del Paraíso, Adán y Eva. Ahora bien, por el hecho de que para el europeo era imposible, salvo en el Edén, vivir en sociedad mostrando la desnudez del cuerpo, serán muy habituales las referencias al carácter nudista de los amerindios:

«Ellos andan desnudos como su madre los parió, también las mugeres... «Aquí fallaron que las mugeres casadas traían bragas de algodón, las moças no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años» (C. Colón). «En toda la isla ambos sexos van desnudos excepto las mugeres violadas, que cubren solamente las partes vergonzosas de su cuerpo con ciertas enaguas de algodón».
«Aunque van desnudos hay entre ellos ambición de mando y se casan. Todavía no se ha averiguado qué es lo que adoran fuera del Dios del cielo» (P. Mártir).

«No visten ningún traje, así los hombres como las mujeres, que como salieron del vientre de su madre, así van que no se cubren vergüenza ninguna. Casi la mayor parte de esta generación, o todos, viven de carne humana... No comen mujer ninguna, salvo que las tengan como esclavas» (Vespucí)¹⁵.

Cultura y represión

Esta visión idílica de América y de sus habitantes duraría poco, pues lo que condicionó de manera rápida la realidad fue el ejercicio del poder, es decir, el dominio y la posesión, y no la vigencia *intemporal* y *romántica* del Paraíso Perdido. Por esta razón, encontrada América, que no descubierta, España secundaría todas las empresas que tuvieran por meta invadir aquellos contornos. Con otras palabras, en los albores de la sociedad moderna la conexión entre las rutas de navegación y la política monopolista del Estado resultó tan intensa como contigua fue la cercanía cronológica de Cristóbal Colón naciendo un año antes que Fernando El Católico y muriendo al poco tiempo de fenecer la monarca Isabel.

Y puesto que la cultura, que se legitima en los actos de conquista, siempre tiene una dimensión opresora, debe recordarse que los viajes, aun cuando agrandan la mirada del ojo humano, también generan, no lo olvidemos, fuertes abusos. De esta forma y por el hecho de que el triunfo militar vino de la mano del mando y el señorío siempre acompaña a la coacción, el grupo vencedor impuso su idioma, sus ideas religiosas, sus leyes, sus concepciones científicas, sus obsesiones... sobre los territorios conquistados rompiendo, entonces, con las costumbres, las tradiciones, la cultura... de las poblaciones amerindias. El ejemplo arquetípico de abuso lo representa el padre franciscano Diego de Landa, primer obispo de Mérida (Yucatán), quien en su obra la *Relación de las cosas de Yucatán* (c. 1566) se jactaba de haber quemado todas las obras escritas de la cultura maya.

En consecuencia, a partir del maridaje «cultura y victoria» los emigrantes españoles hicieron alarde de su potencia bélica pero, así mismo, de sus valores idiomáticos, artísticos, científicos, religiosos... Y, en el instante en que indias e indios vivían en un estado natural, a los ojos del europeo mostraban déficits textiles, arquitectónicos, conceptuales... y, por supuesto, una falta de normas morales en torno al pudor y al desnudo.

Es lógico que bajo la perspectiva europea se creyese, cual tautología, que las poblaciones amerindias vivían en condición de inferioridad cultural. Es lógico que su asilvestramiento fuera contemplado como la prueba innegable de que precisaban ilustración. (La pedagogía de Rousseau sobre

el salvaje *Emilio* arrancó de la Historia de América.) En este marco de culturización de los indios se entiende que fray Toribio de Benavente, o de Paredes, conocido por el alias de Motolinía, escribiera en 1555 una carta al emperador exponiendo la importancia de la colonización española.

Que a la culturización la acompañó, por la vía de la fuerza, la colonización de América constituye una verdad histórica, por desgracia, innegable. Que la europeización de América trajo consigo la apropiación de bienes, tesoros y personas... de América, también. Lamentablemente, no podía ser de otro modo, habida cuenta que la distribución de los mundos de ultramar procedió de la validez contractual de los pactos escritos. En este sentido, ahí está el *Tratado de Tordesillas* que, firmado el 7 de Junio de 1494 entre Juan II de Portugal y los Reyes Católicos y con la bendición de Alejandro VI, asignaba las tierras del Nuevo Mundo a unos dueños. Aunque este papa valenciano, Alejandro VI, un año antes en su bula *Inter caetera* ya había defendido la necesidad de dividir los territorios occidentales, fue realmente a través del *Tratado de Tordesillas* como consiguió una vía jurídicamente determinante para el futuro del continente americano, pues con dicho tratado el obispo de Roma adjudicaba el hemisferio oriental a los portugueses, y circunscribía el hemisferio occidental a la corona española.

Ahora bien, antes de iniciarse el desembarco transatlántico, los Reyes Católicos habían promovido una serie de cambios institucionales y geográficos de gran envergadura en el viejo continente pues, recordemos, fuera de la península ibérica se conquistaban las islas Canarias y, dentro, dábase fin a la aventura islámica en Europa con la captura de Granada el dos de enero del año del Señor mil cuatrocientos noventa y dos.

¿Son importantes estos dos episodios históricos? Sí, pues igual que las islas canarias y las provincias andaluzas fueron absorbidas por la fuerza colonizadora del reino de España, en similar proporción la mayoría de los territorios americanos pasarían a ser propiedad de los monarcas españoles. Con lo cual, la pérdida de autonomía de los africanos canarios y de los musulmanes granadinos, unida a la expulsión de los judíos, preludeaba el destino que aguardaba a los pueblos amerindios.

Por supuesto, otro tanto ocurría con los portugueses que, desde mediados del s. XV, habían destacado en su habilidad por infiltrarse en los territorios africanos capturando y vendiendo a negros y negras. La esclavitud a que eran sometidos estaba legitimada ideológicamente por la falsedad de sus creencias: como las personas de color no eran cristianas, era lícito convertirlos en rehenes.

Llegado a este punto, no se puede ni se debe separar los actos de colonización de portugueses y españoles respecto de lo que ocurría en Eu-

ropa y en África. Con lo cual, mientras se colonizaba tanto el hemisferio occidental como el hemisferio oriental el poderío territorial español y portugués iba haciéndose más y más notorio allende sus fronteras. Y en el caso de España basta recordar la conquista castellana del puerto nor-teafricano de Orán y los asentamientos en Marruecos (1509). Basta recordar la victoria de la armada española contra las fuerzas turcas (1571), el acallamiento de la sublevación granadino-morisca (1572), la absorción española de Portugal (1580), los intentos de España por desembarcar en las costas inglesas (1588) además del descubrimiento (de España) del Gran Catayo y los reinos del Tibet (1625).

Tantas y tan exitosas fueron las empresas políticas de España que, en un relato epocal, vemos cómo se desprende en tono de orgullo la grandeza hispánica. Así leemos: *«España extiende sus alas cada día más. Aumenta su imperio y lleva su gloria y su nombre hasta las antípodas»*. Y es que los españoles recorren *«en sus navegaciones casi todo el orbe, excepto las zonas heladas, en busca de reinos desconocidos y de tierras no exploradas, llevando el imperio español y la religión cristiana a lo largo y ancho del mundo»*.

Sin duda, a través de estos textos se percibe de modo diáfano la relación entre la hegemonía política de España y las maniobras de conquista. Con lo cual, no puede ni debe omitirse la evidencia de que los siglos XVI y XVII, *las centurias de Oro de lo español*, se alimentaron de actos no tan dorados ni gloriosos, pues un Imperio siempre se edifica a partir del dominio de los pueblos y de la usurpación de sus fuentes naturales¹⁶.

Con estos parámetros conquistadores resulta, entonces, factible advertir cuán íntimos fueron los resortes que alimentaron la lógica del poder de las nacientes naciones europeas, pues desde esa lógica del poder y del lucro brotaron los viajes trasatlánticos que, con rapidez, empezaron a duplicarse, triplicarse, quintuplicarse..., y a un ritmo cada vez más vertiginoso. Con una brújula orientada hacia el expansionismo, viaje a viaje iría colándose la Corona de Castilla allende los mares, tal y como lo había soñado la reina Isabel.

Tanta era la necesidad por colonizar las nuevas tierras, que los puertos del sur de España llegaron a convertirse en los centros portuarios más importantes de la Edad Moderna mientras Sevilla, a caballo entre América y Europa, ocupaba una dimensión bancaria internacional de hegemonía en el control y flujo de los metales preciosos y ello, no lo olvidemos, también gracias a los apoyos crediticios alemanes que defendían la gestión americanista de su monarca Carlos, a la sazón rey de Alemania también. Sin duda, la llegada a España en 1517 del nieto de los Reyes Católicos, Carlos I de España y V de Alemania, supondría el fortale-

cimiento hispano sobre los territorios americanos. Consecuentemente, desde que Colón pisara lo que él creía eran las Indias, la suerte para América estuvo echada. Y, por ello mismo, con la expedición de Ovando, acaecida diez años después de la llegada del Almirante Colón a América, comenzaría no solo la vorágine de la conquista sino la génesis del imperialismo con el que se daría fin a la Historia Precolombina de América.

La conquista: ¿inferioridad científica?

Es de sobra conocido el nivel científicamente elevado de la cultura inca, chibcha, maya, azteca... Sin embargo, sorprende que en sólo unos años los territorios meso y sudamericanos fueran conquistados por los españoles. Eso nos hace preguntar que si no había inferioridad científica, dado que enormes eran los avances en astronomía, matemática, arquitectura... de incas, mayas, aztecas, por qué, siendo exiguo y pequeño el número de extranjeros, la población autóctona fue incapaz, no obstante, de frenar la llegada de los españoles. La respuesta integra varios factores. Una variable incide en la propia tecnología: en algunos casos, los amerindios desconocían la industria de los metales e ignoraban el uso de las armas de fuego, amén de no usar animales en el campo de batalla como hacían los españoles, cuando guerreaban, montados sobre los lomos de los caballos:

«ellos no traen armas ni las cognosçen, porque les amostré espadas y las tomavan por el filo y se cortavan con ignorança. No tienen algún fierro» (Cristóbal Colón).

«Dispararon los cañones, pero (los indios) a nadie tocaron ya. Únicamente dispararon. Los tiros pasaban sobre las cabezas de los indios. Luego tomaron un cañón, lo pusieron en una barca, lo llevaron a la casa de Coyohuehuetzin» (La prisión de Cuauhtémoc).

«Y como vieron los indios enemigos los caballos, que nunca los habían visto, fue tanto el espanto que tomaron de ellos, que huyeron para los montes cuantos pudieron, hasta meterse en ellos» (Alvar Núñez Cabeza de Vaca)¹⁷.

En otros casos, la falta de éxito en los enfrentamientos contra el hombre blanco obedeció a la disgregación geográfica en que habitaban muchas de las tribus amerindias. Y esta circunstancia, la falta de unidad, impidió negativamente una eficaz oposición contra los intrusos:

«En esto, el año de 1535, los indios nos atacaron con grandes fuerzas, con cerca de 23.000 hombres de cuatro naciones diferentes: querandíes, bar-

tenís, charrúas y timbúes. Su intención y propósito era matarnos a todos, pero alabado Dios Todopoderoso que quiso salvar a la mayoría de los nuestros» (Ulrico Schmidel).

Por otro lado, los tlaxcaltecos ayudaron a los españoles para derrotar a sus enemigos, los aztecas. Y éstos prestaban su apoyo al ejército español para colonizar nuevos territorios. Y no olvidemos que, en ocasiones, la ausencia de resistencia obedeció también al factor sorpresa. Tanta que a veces los españoles fueron objeto de divinización. Recordemos a este respecto que el mismo Colón anotó en su diario de viajes del 22 de octubre de 1492 que los indios «*tenían a gran maravilla nuestra venida y creían que éramos venido del cielo*»¹⁸.

Mitificación del europeo que no solo hallamos respaldada en otros testimonios (véase la epístola 152 de Pedro Mártir) sino repetida en otras coordenadas, a saber, en el destino del pueblo que, según la historiografía precolombina, dominara México en el siglo XV y primer cuarto del siglo XVI. Nos referimos a Moctezuma Xocoyotzin. Este gobernante del Imperio Azteca, cuando vio desembarcar a Hernán Cortés como lo creyera heraldo del dios Quetzalcoatl, acabó vencido por un puñado de soldados españoles. Sin duda, esta variable religiosa no debe menoscabarse máxime cuando, en el otro lado, las claves simbólico-cristianas, tuvieron una función epistemológica similar, tal y como se observa en este texto:

*«E como traímos la bandera de la Cruz y puñábamos por nuestra fe y por servicio de vuestra sacra majestad, en su muy real ventura nos dio Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño» (Hernán Cortés)*¹⁹.

Ahora bien, con esta descripción de los hechos parece que el desembarco de los conquistadores a América hubiera resultado una tarea fácil, y sin problemas. Y nunca más lejos de la realidad, ya que hubo derrotas y muertes sonoras en las filas españolas. Entre los múltiples ejemplos de oposición india a los españoles, el Inca Garcilaso en el libro VI de **LA FLORIDA** (1605) llega a hablar de un ataque contra una carabela española. Junto a este hecho bélico, conviene recordar lo acaecido en la excursión a Florida. Pues bien, de los 600 integrantes que integraron esa exploración solo llegaron a sobrevivir **cinco** personas, es decir, menos de un uno por ciento del total de la expedición. Pero también conviene recordar cómo moriría el ya citado Juan de la Cosa. Este cartógrafo y piloto español, durante su séptimo viaje transoceánico, se encontró en Santo Domingo con Alonso de Ojeda y, con él, marcharía en expedición. Ahora

bien, en contra de la decisión de Ojeda de hacer la guerra contra los indios, de la Cosa deseaba negociar con los oriundos. Con intenciones tan poco amistosas, el final acabó siendo guerrero. Y, en Colombia, Juan de la Cosa al lado de un grupo considerable de hombres moriría por la ponzoña de los dardos de los indios mientras el resto de los supervivientes, entre ellos el citado Ojeda, huía despavorido a las naves dejando tras de sí un largo reguero de bajas.

Por supuesto, la forma dolorosísima de morir de Juan de la Cosa no constituye un suceso aislado, y más cuando terribles y perniciosos eran los efectos que producían en las expediciones españolas las flechas *curarizadas* ¡La práctica del curare estaba muy extendida entre los indios sudamericanos de las Amazonas, del Orinoco, y de las Guayanas, y constituyó una herramienta farmacológica de gran impacto, y eficaz dureza contra el enemigo! Tanto es así que, incluso, el ya citado Pedro Mártir de Anglería describiría, en una carta a León X, el uso de ungüentos extraídos de alacranes, serpientes, y una serie de sustancias tóxicas vegetales... que los indios colocaban sobre la punta de sus flechas.

Que hubo muertes *sonoras*, como la de Magallanes y sus oficiales de flota en Filipinas, es algo manifiesto. Pero que esas resistencias irían eliminándose con el paso del tiempo también es algo irrefutable, pues el imperialismo, con sus tácticas logísticas de dominación, no solo propiciaría el despliegue de un ejército protésicamente *armado* sino además el desarrollo de la *ciencia moderna* que, en alianza con las fuerzas militares, iba a otorgar un sinfín de ingenios a los conquistadores en sus tácticas de defensa y ataque.

Fijémonos en que la ciencia y la tecnología europeas inventaron la ballesta, la catapulta, los cañones, más tarde los mosquetes..., artefactos estos que fortalecían la usurpación soldadesca de territorios y gentes. Y si la perforadora de hierro para agujerear los cañones hacía acto de presencia en el s. XV, el desarrollo de los proyectiles esféricos, macizos de hierro y plomo, llamados *balas*, facilitó su uso en plena vorágine conquistadora mientras, solo unos años más tarde, a mediados de siglo XVI los proyectiles *bombas*, huecos y, sobre todo, más manejables, en su interior portaban de explosivos, y otorgaban mayor eficacia a los conquistadores. Recordemos que Leonardo da Vinci inventaría entre 1472 y 1519 la fortaleza poligonal, el cañón de carga por la culata, también ideó armas de fuego con ánima estriada, planeó la confección del *barco* submarino..., etc.

Gracias, por tanto, a esas y otras innovaciones basadas en la lógica de la dominación, el ejército europeo que, vía guerra, estaba entrenado desde hace siglos para acometer con éxito actos de conquista gozaría de una

situación de privilegio tras el descubrimiento de América, y frente a la mayoría de las tribus amerindias. La prueba de ello es que el emperador Carlos sólo tardó en torno a **veinte años** en conquistar Mesoamérica y Sudamérica. Lo que significa que, sin el apoyo de la ciencia, la conquista y la colonización de América no hubiera sido posible y, mucho menos, viable en un período tan corto de tiempo.

Entonces, no es casual que al calor de los viajes transoceánicos se multiplicara la producción científica: A. Piccolomini confeccionaba el primer **Mapa Astronómico** (1539) y, casi a la vez que él, S. Munster gestaba su **Cosmographia Universalis** (1544). Y mientras el uso del compás y del reloj mejoraban las técnicas de la navegación, el desarrollo de la imprenta permitía divulgar las artes de la náutica así como dibujar en número ilimitado cartas de astronomía, mapas de rutas y viajes.

Y no solo eso. Con el desarrollo científico de la geografía la botánica recibiría un fuerte impulso epistemológico, también la agricultura, aunque fue la ingeniería la disciplina científica que dispuso de un mayor espacio de actuación desde el descubrimiento de América, pues cientos de Leonardos pensaron no solo desde el ideal del conocimiento científico sino en aras del perfeccionamiento práctico de los conocimientos. De este modo, los ingenieros navales, los ingenieros de minas, los ingenieros de caminos... prestarían un altísimo servicio a los países conquistadores construyendo embarcaciones de tres mástiles mejor enmaderadas, levantando en América puentes y vías de circulación, dragando y/o construyendo esclusas en el nuevo continente, levantando sobre el suelo de las colonias edificios, u horadando túneles de minería bajo tierra con finalidad lucrativa..., en suma sosteniendo las políticas expansionistas europeas *sobre los territorios de ultramar*.

En definitiva, la ciencia moderna, y es algo que tristemente se olvida, debió su impulso creador no solo al movimiento náutico que derivó de un descubrimiento geográfico, sino al afán bélico de conquista. Y si no lo cree, acuda a cualquier manual de Historia y observe cómo, en el s. XVI, se dispara casi hasta el infinito la elaboración de estudios relacionados no solo con la caída de los cuerpos sino con la trayectoria de los proyectiles, a la vez que, durante el Quinientos, se mejora la técnica metalúrgica de las aleaciones, tan esencial en la construcción de armas bélicas.

Abusos y excesos

Aunque realmente fueron los portugueses quienes desde mediados del siglo XV se estrenaron, y con éxito, en la empresa de capturar y ex-

portar negros africanos *jóvenes y fuertes* desde Angola y Guinea siendo, por ello, causantes directos del empobrecimiento del continente africano. Aunque el tráfico de esclavos negros apenas dependió directamente de los españoles y sí de los portugueses, más tarde de los alemanes, franceses, ingleses, neerlandeses... Aunque el propio Cardenal Cisneros llegó a prohibir, iniciado el XVI, el traslado de más negros a las Antillas. Aunque todo esto es cierto, sin embargo en las ciudades andaluzas se llegaron a contabilizar a lo largo del siglo XVI cien mil esclavos, *blancos y negros*. Y si esto sucedía en suelo europeo, al otro lado del Atlántico la introducción masiva, en las colonias españolas, de prisioneros de color fue brutal²⁰.

De hecho sabemos que, durante el proceso colonizador, los indios eran frágiles y débiles para la ejecución de trabajos de envergadura. Y, por su flojedad recibían, incluso, una ración de coca que les atenuaba la fatiga de las tareas, p. e., en el interior de las galerías de las minas de las Antillas. Pero también sabemos que, como atroz era el esclavismo laboral, la tasa de mortalidad entre la población de los indios americanos llegó a alcanzar tasas muy elevadas, quedando justificada de alguna manera la necesidad política de comprar negros. Tanto fue así que el propio padre Bartolomé de las Casas, gran defensor de la causa india, propuso al emperador Carlos V la adquisición de africanos para que sustituyeran a los indios de sus miserables labores, visto que aquéllos con su fortaleza podían acometer mejor los trabajos de la minería²¹.

Por supuesto, en los principios del descubrimiento de América no se preludiaban los excesos de los que, con el correr del tiempo, irían cometiéndose. Solo al inicio pareció existir cierta concordia. Al menos eso es lo que se desprende de la lectura de los textos:

«Algunos d'ellos traían algunos pedaços de oro colgado en la nariz, el cual de buena gana davan por un cascavel d'estos de pie de gavilano o por cuentezillas de vidro, mas es tan poco que no es nada, que es verdad que cualquier poca cosa que se les dé» (Cristóbal Colón).

«Les tomamos muchas cosas, pero de poco valor y no quisimos incendiar las casas porque nos parecía cargo de conciencia» (Amerigo Vespucci).

«Suplico al Rey mi Señor muy afectuosamente... que los indios vecinos e moradores de las dichas Indias e Tierra Firme, ganadas e por ganar, no resciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas mande que sean bien e justamente tratados» (Isabel La Católica²²).

Sin embargo y pese a estas buenas intenciones, la irreversible dominación colonial engendraría toda suerte de humillaciones, abusos, maltratos y, por supuesto, muerte hacia la población oriunda que llegó a pa-

sar en algunos lugares de un millón de amerindios a la supervivencia de solo quinientos de ellos:

«...Los españoles dejaron de temer a los indios y empezaron a caer en un gran libertinaje e injusticia hacia ellos» (Juan Ginés de Sepúlveda).

«Otra vez... envié yo mensajeros, asegurando que no temiesen, a todos los señores de la provincia de la Habana... (porque de las matanzas pasadas estaba toda la tierra asombrada)...; e llegados a la provincia salieronnos a recibir veinte e un señores y caciques, e luego les prendió el capitán... e los quería quemar vivos... Vídeme en muy gran trabajo quitállos de la hoguera, pero al fin se escaparon.

Después de que todos los indios de la tierra desta isla fueron puesto en la servidumbre e calamidad de los de la Española, viéndose morir e perecer sin remedio, todos comenzaron a huir a los montes; otros, a ahorcarse de desesperados y ahorcábanse maridos e mujeres, e consigo los hijos; y por las crueldades de un español muy tirano... se ahorcaron más de doscientos indios. Pereció desta manera infinita gente» (Bartolomé de Las Casas).

Los indios «respondieron que no tenían la menor necesidad de la amistad del rey de Castilla... El gobernador, al oír aquella resuelta respuesta, mandó desembarcar a todos los soldados y... pasó a cuchillo a cuantos indios cayeron en sus manos... Y aunque la ley permitía que solo los caribes, es decir, los que se comían unos a otros, fuesen hechos esclavos, sin embargo también en las demás regiones de las Indias... los españoles se servían de ellos en las minas y en todo lo que necesitaban como si se tratara de esclavos» (Girolamo Benzoni²³).

Fe y religión

Se suele separar con excesiva rapidez lo científico respecto de lo religioso. Y si nos atenemos a los datos históricos resulta falsa la imagen irreligiosa de la ciencia. En primer lugar, porque existe una larguísima lista de científicos creyentes en la Edad Moderna (Copérnico, Galileo, Mersenne, Descartes, Leibniz, Newton...). Y, en segundo término, porque si la ciencia acompañó al éxito del ejército, la religión, igual que la ciencia, otorgó la victoria a sus líderes máximos al convertir, educar, instruir... a los amerindios en la forma de vida civilizatoria del continente europeo.

Teniendo como miras no trabajar la materia como hacía la ciencia sino el espíritu, una multitud de religiosos accedería desde Europa a América. Y, en la misma proporción en que desde principios del siglo XV turlupinos y picardianos eran perseguidos por sus conductas heréticas, entre las que se incluían sus tendencias nudistas, un siglo después también se produciría una campaña religiosamente represiva y también contra el desnudo, pero en el otro lado del Atlántico.

Recordemos que las gentes americanas, cuando fueron encontradas, parecían vivir en una situación de palpable asilvestramiento. Y, aunque en un principio, su falta de ropas hizo revivir la mitología adamita del desnudo virginal de Eva y Adán, luego, apagada la sorpresa inicial, a los ojos del colono su falta de ropaje delataba una carencia de cultura, es decir, precisaba, a todas luces, un corrector moral. Por este motivo, al igual que la ciencia, la religión jugó desde el principio un puesto muy relevante en la conquista de América.

No podía ser de otro ya que en 1452 el papa Nicolás V había autorizado a los portugueses a esclavizar y comerciar con *personas de color* pues, al fin y a la postre, los habitantes de África eran sarracenos y anticristianos. Con el mismo espíritu intolerante, en 1492 se producía la conquista de la última plaza *musulmana* en Europa, Granada, mientras en la misma fecha ocurría la expulsión de los *judíos* de la península ibérica. Y, unos años después, en 1500 el papa Alejandro VI promovería una cruzada contra los *turcos*.

En estos episodios históricos resulta flagrante la utilización del cristianismo como maniobra legalizadora de estrategias geopolíticas de naturaleza xenófoba. Y dado que no son desligables los acontecimientos que ocurrían en cada una de las orillas del Atlántico, al deseo de la reina Isabel de Castilla de hallar sepultura en un monasterio de la Alhambra y de que tras su muerte continuaran en la península ibérica los procesos inquisitoriales contra las herejías, se uniría el afán nacional-catolicista de evangelizar los territorios de ultramar. Eso es, al menos, lo que se desprende de los testimonios colombinos:

«Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían».

«No les cognozco secta ninguna y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender»²⁴.

Ahora bien, fijémonos, la necesidad de favorecer la conversión al cristianismo se alimentaba del prejuicio de que de que quien vivía lejos de la luz del Evangelio habitaba en medio de *las tinieblas oscuras del error*. Con postulados absolutos, el teocentrismo podía hacer acto de presencia hasta mediatizar el sentido de la realidad, asunto que observamos a las claras en Gómara y en el Inca Garcilaso. Gómara afirmaba, en su *Historia de las Indias* (1522), que lo más grande después de la Creación del mundo había sido el descubrimiento de las Indias, mientras que el Inca Garcilaso, en su obra citada, no solo defendía la necesidad de cris-

tianizar la Florida sino que concebía el papel católico de España emanando directamente del brazo de la divina Providencia.

Como bien imagina, en toda la gesta colonizadora siempre hace acto de presencia el etnocentrismo, pues si el etnocentrismo se define como la actitud de superioridad que irradian el individuo y su grupo frente a una cultura distinta de la suya, entonces el etnocentrismo jugó una baza a favor de la colonización de América. Y puesto que Europa no entendió nunca durante siglos unas religiones geográficamente cercanas a ella, —los judíos fueron expulsados de España y los musulmanes en 1502 debían optar entre el bautismo, o salir del territorio español—, con más razón y dentro del escenario amerindio los portavoces de la fe cristiana no llegaron a comprender jamás las creencias de los pueblos trasatlánticos. Así, la religión católica estaría presente en Mesoamérica y Sudamérica. Así, los representantes de la fe europea intentarán catequizar a sus gentes.

Por esta razón, ardua y continua fue la empresa de cristianizar a la población amerindia hasta el límite de que, basándonos en los datos testimoniales de fray Toribio de Benavente (c. 1490-c.1565) sobre lo que acaecía en la Nueva España, el número de indígenas que llegó a ser bautizado alcanzó la cifra de nada menos que cuatro millones de amerindios en el período comprendido entre 1521 y 1536²⁵.

Esta masiva cristianización se veía apoyada por la necesidad de erradicar aquellas evidencias contrarias a los preceptos de la auténtica y única fe: algunos grupos de amerindios no solo poseían la práctica sangrienta de cortar cabezas en la que tanto sobresalieron los jíbaros con su técnica de reducir el tamaño de los cráneos, sino que también mostraban cierta proclividad a cometer actos antropófagos:

«Se emprendió el fuego... (y) cubiertos con el humo mataron dos cristianos y descabezaron doce indios... y se las llevan en la mano, asida por los cabellos» (Alvar Núñez Cabeza de Vaca).

«Los cambalos, cuando cautivan a los dichos indios, los comen como nosotros los cabritos, y afirman que la carne de muchacho es bastante mejor que la de doncella. Y de esta carne humana son muy glotonos...; y están tanto tiempo adonde van que despueblan las islas» (Miguel de Cuneo).

«Y en cierta época, cuando les da una furia diabólica convidan primero a los parientes y al pueblo y los ponen delante, esto es, la madre con todos los hijos que de ella tienen, y con ciertas ceremonias los matan a flechazos y se los comen» (Vespucí).

«...Hice ciertos esclavos, de que se dio el quinto a los oficiales de vuestra majestad; porque además de haber muerto a los dichos españoles y rebelándose contra el servicio de vuestra alteza, comen todos carne humana, por cuya notoriedad no envió a vuestra majestad probanza dello» (Hernán Cortés)²⁶.

Añádase a estos testimonios colombinos el hecho de que los misioneros, acostumbrados a pensar exclusivamente desde la veracidad de sus convicciones, sintieron un fuerte impacto emocional así como una profunda desorientación cuando conocieron de la religión mexicana (México) no solo la realización de una antropofagia ritual sino la existencia de un variado elenco de sacrificios incluyendo los dirigidos a seres humanos. De este tipo de ceremonias se conoce el *sacrificio gladiatorio* que adquiría formas distintas según el acceso a la muerte a través de flechas, decapitación, degollamiento... o sacando la víscera cardíaca de la víctima propiciatoria. Leamos dos textos antropológicamente interesantes acerca de los sacrificios humanos de la religión mexicana:

«El cacique habló con Cortés... dando tantas quejas... (pues) cada año les demandaban muchos de sus hijos y hijas para sacrificar y otros para servir en sus casas y sementeras... Los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mujeres e hijas si eran hermosas, y las forzaban...; otro tanto hacían en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran más de treinta pueblos; y Cortés les consolaba con nuestras lenguas cuanto podía, e que los favorecería..., y quitaría aquellos robos y agravios...; y con estas palabras recibieron algún contento, mas no se les aseguraba el corazón con el gran temor que tenían a los mexicanos. Estando en estas pláticas vinieron... cinco mexicanos que eran recaudadores de Montezuma... (quienes) les demandan ahora veinte indios e indias para sacrificar a sus dioses Huichilobos porque les de una victoria contra nosotros», los españoles (Bernal Díaz del Castillo).

«En esta piedra tendían a los desventurados de espaldas para los sacrificar, y el pecho muy tenso, porque los tenían atados de pies y las manos, y el principal sacerdote de los ídolos o su lugarteniente, que eran los que más ordinariamente sacrificaban, y si algunas veces había tantos que sacrificar que éstos se cansasen, entraban otros que estaban ya diestros en el sacrificio...; con aquel cruel navajón, como el pecho estaba tan tenso, con mucha fuerza abrían al desventurado y de presto sacábanle el corazón... (que) estaba un poco bullendo en la tierra y luego poníanle en una escudilla delante del altar. Otras veces tomaban el corazón y levantábanle hacia el sol, y a las veces untaban los labios de los ídolos con la sangre. Los corazones, a las veces, los comían los ministros; otras los enterraban...» (Fray Toribio de Benavente)²⁷.

Los pueblos amerindios mostraban, a los ojos de Europa, hábitos pecaminosos, ceremoniales mágicos, cuando no, ritos asesinos, inadmisibles por ser contrarios al precepto cristiano de la vida, pues incluso entre los mayas había una diosa de los suicidas, la deidad Ixtab, y también

existía entre los Tlaxcaltecas unas liturgias (¿menádicas?) que conducían a la cremación del apéndice de la lengua, liturgias que realizaban los sacerdotes en honor a la divinidad guerrera Kamachtlé. Item más. Las creencias mayas (México, Yucatán, Guatemala) conocían también los ritos con víctimas humanas sobre todo durante el período mayatolteca llegando a consumir la cirugía litúrgico-ceremonial de la extracción del órgano del corazón.

Junto a estas prácticas, al misionero le asustaba también la atracción religiosa que ejercía el politeísmo entre las tribus americanas, politeísmo que, de manera característica, estructuraba el panteón teológico tanto de aztecas, como de mayas e incas. Y para más horror sumábase el hecho de que los incas (Perú, Argentina, Bolivia, Chile) creían en la divinización de sus líderes, y esta creencia en la divinización de sus dirigentes, —la voz quechua «inca» significa «jefe»—, obligaba a sus mandatarios a consumir el matrimonio por la vía del incesto, amén de que la religión inca alentaba la adoración de las fuerzas de la Naturaleza.

Estas ideas religiosas, es evidente, serían denostadas por los misioneros, los militares, y también por los gobernadores que rigieron los destinos de los territorios y las gentes de ultramar. Pero fueron más los misioneros quienes, desde su deber evangélico, sintieron la necesidad apostolizar llevando la obra de Dios a los confines del Nuevo Mundo, no solo para sacar a sus gentes del error idólatra del politeísmo sino para prohibirles la realización de ceremonias que, desde la verdad en las creencias verdaderas, eran inaceptables, pues

«Dios, Padre y sumo arquitecto había construido esta casa del mundo que vemos... Acabada su obra, el gran Artífice andaba buscando a alguien que pudiera apreciar el sentido de tan gran maravilla... Dio al hombre una forma indeterminada, lo situó en el centro del mundo (y le dijo:) “tú mismo te has de forjar la forma que prefieras para ti, pues eres el árbitro de tu honor, su modelador, su diseñador”»²⁸.

Evidentemente con la evangelización se intentaría diseñar, modelar la realidad amerindia pero desde los parámetros tabuladores del cristianismo. Ahora bien, anotémoslo, en este horizonte cultural de subvaloración general hacia las culturas transatlánticas, con el acercamiento coercitivo a los cauces de la ortodoxia católica se produjo un cambio en la forma de pensar: si el indio y la india vivía respetando las reglas del buen cristiano, desde la mentalidad del misionero carecía de sentido perpetuar y mantener a esa india, o indio en una situación de inferioridad, social e inhumana. De aquí nació el espíritu antixenóforo que abanderaban cier-

tos católicos españoles, y por cuyo espíritu antirracial se gestó la Bula *Sublimis Deus sic Dilexit* del papa Paulus III, documento en el que se trataba por primera vez el tema de (los límites de) la humanidad.

Con fecha de 1537, en la citada Bula se admitía la humanidad india, pero desde un doble presupuesto ockamista, a saber, desde el uso de la razón, y a partir de la capacidad de recibir la gracia de Dios. Los elementos antropológicos del documento *Sublimis Deus...* eran a todas luces europocéntricos. Es innegable; sin embargo tuvieron el mérito de sentar las bases del igualitarismo, y más cuando la población amerindia estaba viviendo en un estado de indefensión biológica y jurídica hasta el límite de que antes de la publicación del texto pontificio no era tenida por humana. La respuesta de corte filosófico-religioso de Paulus III fue, entonces, interesante en la medida en que unificó la dispersión racial por la vía de un *biotipo universalizador de humanidad* o, lo que es igual, en tanto rescataba la esencia del cristianismo, pues esta religión por su catolicidad, —*catholikós* significa etimológicamente «universal»—, había defendido la universalidad, que no segregación.

Pese a estos importantes cambios conceptuales en la manera de interpretar lo amerindio, en la mentalidad europea (cristiana, o no, laica o no, racionalista, o no) predominaría la idea de disformidad. Ni Descartes, ni Kant, ni Dilthey... sabrán entender las culturas no europeas, asunto que todavía en 1792 se pone de relieve cuando, desde la ilustrada Francia, se seguía ubicando la cultura amerindia en el espacio de la monstruosidad²⁹.

Notas

¹ El análisis de la humanización del suelo puede estudiarse en Fumagalli V., *LA PIETRA VIVA. CITA E NATURA NEL MEDIOEVO*, Bolonia 1988. Por otra parte, la conquista de territorios «vírgenes» que investiga Fumagalli sólo puede entenderse desde los movimientos migratorios que protagonizó la masa desesperada de campesinos empobrecidos. Este aspecto medieval, el de la relación entre miseria, emigración y colonización de contornos inexplorados, lo detalla Geremek B. (1986), *LA PIEDAD Y LA HORCA*, Barcelona 1997, cap. I 3, pp. 61 ss., trad.: Matesanz J. A.

² El regreso a la teoría heliocéntrica procede del *De revolutionibus orbium caelestium* de Nicolás Copérnico, obra póstuma que llegó a ser editada en 1543. Y, aunque es cierto que este religioso polaco había variado el peso cósmico de la traslación al centrarlo en el Sol, también es cierto que las formulaciones heliocéntricas de Copérnico tardarían décadas y décadas en ocupar un puesto de referencia en el ámbito científico de la astronomía. Recordemos que, solo unos años después de ser publicada la obra de Copérnico, en 1551 el cosmógrafo aragonés Martín Cortés de Albarca editaba en Sevilla su *Breue compendio de la sphaera y de la arte de nauegar*, en donde el autor continuaba la tesis del geocentrismo y, claro está, muchos de los postulados del *De Caelo* de Aristóte-

les. Siguiendo la estela de Pedro de Medina, el libro de Cortés era un libro de cultura e instrucción, fundamental para quien quería aprender a pilotar por la nueva esfera y adentrarse por los lugares que la nueva cartografía colombina había traído consigo. Tan importante fue la elaboración cartográfica de Cortés de Albarca que ésta sería traducida y reimpressa en lengua inglesa consiguiendo hasta nueve ediciones desde la primera de 1561 hasta la última y novena en 1630. El *Breue compendio...* de Cortés sirvió en la escuela de navegación inglesa como fuente bibliográfica de enseñanza (Beltrán Martínez A., *Martín Cortés y la Royal Navy*, pp. 174-180, en Varios, *ARAGÓN EN EL MUNDO*, Zaragoza 1988).

³ La leyenda del Atlántico nace de la Atlántida, mito que se recoge en el diálogo *Critias* de Platón. Este mito ha influido en F. Bacon y, unos años después, sobre el sueco Rudbeck que escribió el relato de *Atland* o *Manhem* (1679-1702). También en Verdaguer, autor de *L'Atlàntida* (1877), en Hauptmann con su *Atlantis* (1912) y en *La Atlántida* de Benoit (1919), etc.

⁴ La prueba de que el miedo a lo desconocido generó, en su momento, enormes resquemores se trasluce en la aventura frustrada del pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa quien no descubriría, en su día, el continente australiano por no seguirse sus observaciones, pues el miedo a la mar no era cualquier cosa hace cinco siglos. Y si no, léase Juan Sebastián de Elcano, Maximiliano Transilvano y otros (1522), *LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO*, Madrid 1989.

Sobre los monstruos léase el capítulo referido a las bestias marinas en Martin E., *Histoire des montres depuis l'antiquité jusqu'à nos jours*, París 1880.

⁵ Amerigo Vespucci, nacido en 1454, muerto en 1512, compuso sus *CARTAS DE VIAJE* en italiano, pero se perdieron conservándose en una versión latina. La edición en castellano puede encontrarse en Alianza Editorial, Madrid 1986, p. 136, trad.: R. de Aznar Ana M^a. Para un análisis del naturalizado español A. Vespucci, véase Germán Arciniegas, *AMERIGO Y EL NUEVO MUNDO*, Madrid 1990.

⁶ Videtur de Juan Ginés de Sepúlveda (que nace en 1490 y muere en 1573) su *HISTORIA DEL NUEVO MUNDO*, Madrid 1987, lib. I 2, 5, traducida del latín por Ramiro de Verger A.

⁷ Bueno G. (1996), *EL MITO DE LA CULTURA*, Barcelona 1997-4^a, p. 194.

⁸ Soldevilla F., *Historia de España*, Barcelona 1954, vol. III, p. 148.

⁹ Pedro Mártir de Anglería (muerto en 1526), *CARTAS SOBRE EL NUEVO MUNDO*, Madrid 1990, epist. 134. Véase también la epístola 168. Obra traducida del latín por Bauzano J.

¹⁰ Pedro Mártir de Anglería, *CARTAS SOBRE EL NUEVO MUNDO*, o. cit. Véase de la misma obra la epístola número 168.

¹¹ Cristóbal Colón (1492-1505), *LOS CUATRO VIAJES. TESTAMENTO*, Madrid 1986, p. 297, ed. de C. Varela.

¹² Amerigo Vespucci, *CARTAS DE VIAJE*, o. cit., p. 89. Las influencias marcopolistas pueden verse en Amerigo Vespucci, o. cit., p. 68. Compárese el texto de Vespucci sobre Preste Juan con el episodio marcopolista: Marco Polo, *LA DESCRIPCIÓN DEL MUNDO*, ed. J.L. Borges, Barcelona 1987, pp. 183-5, trad.: Piastra L.

¹³ Amerigo Vespucci, o. cit., pp. 61, 95.

Francisco Vázquez (c. 1562), *EL DORADO. CRÓNICA DE LA EXPEDICIÓN DE PEDRO DE URSUA Y LOPE DE AGUIRRE*, Madrid 1987, pp. 101-1. Puede leerse la interesante historia novelada de Miguel Otero Silva (1979), *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*, Barcelona 1982.

¹⁴ Vespucci A., o. cit., p. 53. En la página 96, el autor vuelve a reiterar la ligazón del Edén con América.

Bartolomé de las Casas, nacido en 1474 y muerto en 1566, tuvo una edición ilegal de su *BREVÍSIMA RELACIÓN DE LA DESTRUCCIÓN DE LAS INDIAS* en 1552 siendo su éxito tal que acabó traducida a casi todos los idiomas de Europa y consiguiendo más de 50 ediciones. El texto que hemos utilizado pertenece a la edición de Sarpe, Madrid 1985, p. 37. Para profundizar en la perspectiva del mito del «buen salvaje», léase Gómez-Tabanera J. M^a, *Perennidad del mito «EL buen salvaje» ante el quinto centenario*, en *IMPACTO Y FUTURO DE LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA EN EL NUEVO MUNDO*, Actas del Encuentro Internacional Quinto Centenario/ALDEEU, Colección Encuentros, Madrid 1991, pp. 55 ss. Destaquemos que, a raíz del viaje a Tahití, el 13 de abril de 1769 y con ánimo de ser estudiado el paso de Venus por el disco solar, el promontorio isleño que había sido elegido astronómicamente por la expedición científica inglesa adquirió connotaciones libidinosas dada la amabilidad de las tahitianas, amabilidad que despertaban en el europeo el ideal del buen salvaje (Toulmin S. (1972), *LA COMPRENSIÓN HUMANA*, Madrid 1977, pp. 55-6, trad.: Míguez N.).

¹⁵ Cristóbal Colón, o. cit., pp. 62, 73: días 11 y 17 de octubre de 1492.

Pedro Mártir, o. cit., epist. 156, 133.

Amerigo Vespucci, o. cit., p. 57. Véase la similitud de estas descripciones con el estilo marcopolista: «*en la isla de Guaenispola no hay rey, sino que hay gentes que viven como animales y van enteramente desnudas sin nada que les cubra. Son idólatras y todos sus bosques son de árboles de gran valor*», Marco Polo, o. cit., p. 298.

Sobre los actos de dominio que genera toda conquista léase León-Portilla M., *Visión de los vencidos*, Madrid 1992, pp. 140-141; Varios, 1492: *EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA*, Historia 16, n° 198, Octubre de 1992.

¹⁶ J. Ginés de Sepúlveda, o. cit., lib. I, introducción, 3. Sobre el expansionismo español que llega hasta el Gran Catayo, léase Antonio de Andrade (1627), *Cartas del Gran Catayo*, Madrid 1983.

Acerca de la usurpación véase la anotación del tercer viaje Cristóbal Colón en *TEXTOS Y DOCUMENTOS COMPLETOS*, Madrid 1989-2^a reimpr., p. 235. Por otra parte, fijémonos, a la vez que Antonio Nebrija escribía en 1492 la primera de las gramáticas en lengua romance y, por tanto, la primera *Gramática de la lengua castellana*, tal evento filológico coincidía con el expansionismo geográfico e imperial de la lengua castellana.

¹⁷ Cristóbal Colón, o. cit., p. 63. El relato se corresponde con las notas de su diario de navegación del día 11 de octubre de 1492 (primer viaje).

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Comentarios, cap. XXV, y Naufragios, cap. VII en Alvar Núñez Cabeza de Vaca (c. 1527), *NAUFRAGIOS Y COMENTARIOS*, Madrid 1981-6^a.

¹⁸ Ulrico Schmidel (1567), *RELATOS DEL RÍO DE LA PLATA Y PARAGUAY 1534-1554*, Madrid 1986, p. 35, traducción del alemán por Wagner K.

Cristóbal Colón, o. cit., p. 79.

¹⁹ Hernán Cortés, «*Carta segunda enviada a su sacra majestad del emperador nuestro señor por el capitán general de la Nueva España, llamado D. Fernando Cortés*», en Hernán Cortés (1519), *CARTAS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO*, Madrid 1987, p. 29.

²⁰ Se calcula que, desde el siglo XV hasta el siglo XIX, ha habido más de 12 millones de negros africanos expatriados hacia América de modo violento y presidario. Al lado de estos datos tan trágicos conviene reseñar que ya fray Bartolomé de Las Casas daba cuenta de las acciones perjudiciales que portugueses, franceses, castellanos... cometían en contra de la población negra. Sus comentarios, llenos de crítica, pueden leerse en su *HIS-*

TORIA DE LAS INDIAS I 19, 25-27. Nefandamente, sus denuncias no le impidieron rechazar, sin embargo, la expatriación de la población negra al continente americano tras defender con vehemencia la causa india.

²¹ Para completar la opinión del padre Bartolomé de Las Casas acerca de la sustitución del hombre negro por el indio debe leerse su obra, editada por primera vez en 1875, *BREVÍSIMA RELACIÓN DE LA DESTRUCCIÓN DE ÁFRICA*, Salamanca 1989. Y, a pesar de todas las contradicciones ideológicas presentes en Bartolomé de Las Casas, no obstante desde los reyes Isabel y Fernando hasta Antón Montesino, o desde Pedro de Córdoba pasando por Fray Toribio de Benavente y Fray Jerónimo de Loaysa... se venía gestando una corriente de opinión en torno a la necesidad de respetar los derechos indios que incluían no solo el buen trato sino su libertad. Este suceso insólito crearía con el tiempo las bases de una jurisprudencia antiesclavista. Y, a diferencia de lo que sucedería en otros imperios, en los territorios españoles fue cundiendo de forma lenta, pero excepcional, la importancia de gestar un derecho internacional, volcado a la protección y apoyo a los más débiles, en cuya construcción sobresaldría el español Francisco de Vitoria (1528: *Doctrina sobre los indios*), y con cuyo espíritu Carlos I promulgaría las LEYES NUEVAS DE INDIAS en 1542.

²² Cristóbal Colón, *LOS CUATRO VIAJES...*, o. cit., pp. 78-9: día 22 de octubre de 1492. Amerigo Vespucci, o. cit., p. 112. Isabel La Católica, *TESTAMENTO*, codicilio, 8.

²³ J. Ginés de Sepúlveda, o. cit., lib. I 25, 1; 26, 3; 27, 1 ss.

Bartolomé de Las Casas, *BREVÍSIMA RELACIÓN DE LA DESTRUCCIÓN DE LAS INDIAS*, o. cit., pp. 54-5.

Girolamo Benzoni (1565), *HISTORIA DEL NUEVO MUNDO*, Madrid 1989, p. 121, trad.: Carrera Díaz M.

²⁴ Cristóbal Colón, *ibídem*, pp. 63, 71: 11 y 16 de octubre de 1492. Véase J. Ginés de Sepúlveda, o. cit., lib. I 26, 2.

La nueva relación entre el poder político laico y la Iglesia es una característica del final de la Edad Media. Véase Von Martín A. (1932), *SOCIOLOGÍA DEL RENACIMIENTO*, México 1981-5ª reimpr., cap. III, pp. 112 ss., trad.: Pedrosa M. La prueba de este nuevo cambio político-religioso está encarnada en la reina Isabel que increpa a sus sucesores a «*que no cesen de la conquista de Africa e de pugar por la fe contra los infieles; e que siempre favorezcan mucho las cosas de la Santa Inquisición contra la herética pravedad*» (*TESTAMENTO*). Fijémonos en que esa catolicidad de la reina Isabel germinaría con el tiempo en la Bula «*INTER CAETERA*» de Alejandro VI, Papa que recompensaba a los españoles con la posesión de las tierras situadas a 100 leguas al oeste de las Azores. El poderío político iría, por tanto, a la par de la hegemonía de la religión. En este contexto, la obra de Íñigo de Loyola, fundador de *La Compañía de Jesús* (1540), fue pensada para la defensa de los más puros principios dogmáticos de la Iglesia de Roma, en cuyo seno España participaría a través de su gran aportación de teólogos al Concilio de Trento (1545).

²⁵ Fray Toribio de Benavente «Motolinia», (c. 1541), *HISTORIA DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA*, Madrid 1988, tratado II, cap. II, pp. 152-3. Esta homogeneización de las etnias indígenas a la luz de la palabra de Dios tenía su bis en la política religiosa europea ya que la persecución a las beguinas, a las iluminadas, a las brujas..., y a todo grupo de personas sospechosas de herejía dio como resultado un proceso de purificación que, con el fuego, alcanzaría a decenas de miles de mujeres, hombres y niños.

²⁶ Alvar Núñez Cabeza de Vaca, o. cit., Comentarios, cap. XXV. Miguel de Cuneo en *CARTAS DE PARTICULARES A COLÓN Y RELACIONES COETÁNEAS*, Madrid 1984, p. 250. Vespucci, o. cit., p. 78. Se repite en la pág. 87. Hernán Cortés, o. cit., p. 72. Comentemos que, en la citada expedición a Florida, los supervivientes tuvieron que recurrir

a la antropofagia como forma de mantenerse con vida. Léase El Inca Garcilaso (1605), *LA FLORIDA*, Madrid 1987, y P. Mártir, o. cit., epist. 146.

²⁷ Bernal Díez del Castillo (1632), *HISTORIA VERDADERA DE LA NUEVA ESPAÑA*, Madrid 1991, vol. I, pp. 184-5. Fray Toribio de Benavente «Motolinia», *HISTORIA DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA*, o. cit., pp. 82 y ss.

Fray Bernardino de Sahagún, en el lib. I cap. I, y lib. II capítulos I-XII, XVI-XVII de su *HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE NUEVA ESPAÑA*, nos detalló no solo el rito gladiatorio sino en honor a qué divinidades masculinas y femeninas se realizaban las ceremonias religiosas con sacrificios humanos. Constituye el testimonio que Bernardino de Sahagún terminaría de escribir en 1577 una fuente etnográfica fundamental. La primera edición en castellano de la obra de fray Bernardino puede encontrarse en Alianza Editorial, Madrid 1998, en dos volúmenes.

Finalmente, aunque desde este lado del Atlántico nos llamen la atención todavía las prácticas gladiatorias, debemos recordar que en la tradición mística medieval cristiana eran frecuentes las experiencias *cardíacas*. Tomemos como paradigma la vivencia de Santa Catalina de Siena quien, en una de sus visiones, sintió cómo, tras abrirsele el pecho, le extraían la víscera del corazón y cómo Jesús colocaba el suyo en el cuerpo de Catalina (Martino & Bruzzese (1994), *Las filósofas*, Madrid 1996, p. 84). Por otra parte, si nos atenemos a la veracidad de las fuentes que cita Voltaire, este filósofo reseñó que, a partir de la acusación supuesta de asesinar a Carlos II de Inglaterra, a algunos acusados se les arrancó el corazón (Voltaire, *Comentario sobre el libro «De los delitos y de las penas» por un abogado de provincias* (1766), en Cesare Beccaria (1764), *De los delitos y de las penas*, Madrid 1997-10ª reimpr., p. 141).

²⁸ Pico della Mirandola en Varios, *HUMANISMO Y RENACIMIENTO*, Madrid 1986, pp. 122-3, selección por P. R. Santidrián.

²⁹ Sobre la consideración ilustrada de América: Elliott J. H. (1970), *El Viejo y el Nuevo Mundo 1492-1650*, Madrid 1972, p. 14. Puede completarse este asunto xenófobo con Francisco de Requena y Otros (1782), *Ilustrados y Bárbaros. Diario de la exploración de límites al Amazonas*, Madrid 1991, ed. de Lucena Giraldo M.